

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55, 10-11): *Así será mi palabra.*

Salmo (64, 10abcd.10e-11.12-13.14) *«La semilla cayó en tierra buena y dio fruto»*

2ª lectura (Romanos 8, 18-23): *La creación está gimiendo.*

Evangelio (Mateo 13, 1-23): *Salió el sembrador a sembrar.*

En el libro del Génesis, en el relato de la creación, leemos: *«Y dijo Dios, haya luz y la luz existió; y dijo Dios, exista el firmamento, y existió...»*. Y así sucesivamente. Dios dice y la vida comienza. La Palabra de Dios crea vida. Lo que dice lo hace. Su palabra es eficaz. No es una palabra cualquiera, una palabra sin peso, que se la lleva el viento. No, la Palabra de Dios, como hemos escuchado en el libro de Isaías, empapa la tierra, la fecunda, hace germinar la semilla, hace posible el pan, crea la vida.

Jesús estaba convencido de la extraordinaria fuerza de la palabra, lo sabía por experiencia personal. Él, hacia suya la Palabra de Dios todos los días. Había aprendido de su madre, María, a guardarla en el corazón, donde se guardan las palabras importantes y la vida de las personas que amamos. Vivía abierto a la palabra como la buena tierra que acoge la semilla y la cuida y así, la semilla puede germinar. Jesús estaba tan convencido de esta acción constante de Dios que Él no solo quiso ser la mejor tierra, sino también la mejor semilla y la mejor de las Palabras.

En los relatos evangélicos Jesús aparece proponiendo la Palabra a la gente. Lo buscan. Necesitan que alguien siembre en sus vidas la semilla del Reino. Y Jesús les propone la Palabra: *«No sólo de pan vive el hombre»*. Sabe que no solo de pan se vive. Lo buscaban porque las palabras de Jesús caían en sus vidas como la lluvia en los campos, como las semillas en la tierra. Eran palabras que engendraban vida. Por eso, un día, Pedro se lo dijo: *«¿A quién iremos si solo tú tienes palabras de vida eterna?»* (Juan 6, 68). Nadie les hablaba así. Era la suya una palabra que daba vida. *«He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia»* (Juan 10, 10), les decía a sus discípulos.

En este mundo en que vivimos son muy pocas las palabras eficaces; cada vez abundan más los recursos contra aquellas sentencias que estimábamos irrevocables, hablamos de aquellas palabras vacías de sentido o que pretenden incluso cambiar la realidad; esas no son palabras de verdad, aunque vayan revestidas de autoridad o respaldo multitudinario.

La Palabra de Dios se ha hecho palabra humana y corre el riesgo de ser maltratada como otras palabras humanas a las que no damos crédito. Cuando negamos el orden trascendente sólo leemos la dimensión humana de la Palabra y no percibimos su dinamismo capaz de transformar nuestras facultades. Para llegar a esa perfección de lo divino basta abrir nuestro oído y aceptar el orden trascendente que enriquece nuestra conciencia. Dar cabida a la Palabra de Dios en nuestro pensamiento nunca impide la comprensión de otras verdades contingentes.

No existe como realidad humana una Palabra de Dios ajena al quehacer del hombre; ella no se autoproclama a sí misma como objeto de la Revelación, ya que ésta tiene como objeto dar a conocer al ser humano toda la intimidad de Dios, su designio creador y salvador; en definitiva, su Amor como imperativo de acción.

La imagen del profeta Isaías compara la Palabra de Dios a la lluvia que baja del cielo y no vuelve allá sin antes empapar la tierra, fecundarla y hacerla germinar. No es una palabra vacía de sentido, sino semilla germinante, capaz de dar pan al hambriento y nueva semilla al agricultor. Esa es la eficacia de la Palabra que Dios esparce generosamente sobre el vasto campo de la humanidad; a esta corresponde abrir su tierra y acoger con calor la semilla divina. La tierra colabora con la semilla y la lluvia acogiendo a ambas y prestando sus nutrientes para producir y hacer eficaz la generosidad divina.

Ningún proyecto humano ha sido concebido con tanta minuciosidad como el designio creador de Dios, que ha previsto hasta el último detalle en su desarrollo, pero ha querido también dejar en manos de los hombres la decisión libre y responsable ante la propuesta divina. En la “*parábola del sembrador*” se nos indican los diversos grados de obstáculos con los que se encuentra la semilla para llegar a ser planamente eficaz; y los diversos terrenos sobre los que se esparce la semilla representan los diversos tipos de acogida que los seres humanos prestan a la Palabra de Dios. Ni aquellos que se sienten identificados con el mejor de los terrenos, ni tampoco los que se asemejan a la tierra dura y cerrada para acoger la semilla, pueden atribuirse o rechazar la eficacia de la Palabra que radica en el dinamismo de su trascendencia. Unos y otros pueden sentirse llamados a colaborar en esta tarea del sembrador; en la respuesta radica la diferencia, pero nunca en la semilla que siempre conserva su eficacia revitalizadora.

¿Qué tenemos que hacer para que las palabras de Jesús se siembren hoy en nosotros, en la tierra de nuestra vida? ¿Qué hemos de cuidar para que las semillas del Reino crezcan en nosotros y den fruto abundante? Propongo tres actitudes y sus respectivos trabajos. La primera actitud es la de acoger la palabra. A menudo solo la oímos, no pasa del oído, no entra en nosotros, se queda a las puertas. Para poder acoger la palabra de Jesús hemos de aprender a escucharla con interés y con el corazón. La segunda actitud es la de colocarla en el centro, en el medio de la vida personal, que eso es meditar, y permitir que la palabra resuene en nosotros como una bella canción. La tercera actitud es la intención y el esfuerzo por vivir la palabra, vivir la propuesta que trae toda palabra de Jesús. Acoger la Palabra, colocarla en el centro de nuestra vida, hacerla vida en nosotros. Y la palabra dará fruto.